

CULTURA Y POLÍTICA EN EL CONTEXTO DE LA GUERRA Y LA PAZ

Guillermo Castellanos Melo¹



La cultura y política en el contexto de la guerra y la paz en la Sociedad Colombiana como proyecto de investigación, trata de demostrar que la gente interpreta y traduce los conflictos, las crisis y el desarraigo en las relaciones sociales. Situamos el desarrollo cultural y político en el contexto histórico y social desde 1948 hasta 1998 y consideramos que las crisis sociales y políticas pueden ser percibidas en sus relaciones de fuerzas, poderes y representaciones simbólicas.

Las crisis de las identidades sociales y las políticas, inciden en la precariedad y fragmentación, limitando la formación de una cultura política democrática en la sociedad colombiana.

La cultura está compuesta por signos de interrogación, de conversación, de intercambio dialógico y flujos comunicativos. Nuestra apuesta consiste en mostrar que vivimos en una sociedad conflictiva, con una diversidad cultural integrada a las necesidades, deseos, angustias y miedos de las gentes en sus contextos y modos de vida.

¹ Sociólogo, Universidad Nacional. Magister Sociología, Universidad Nacional. Profesor Universidad Javeriana, Dpto. Sociología.

A partir del proceso de construcción de redes simbólicas y representaciones colectivas, la cultura puede entenderse como un cruce de caminos que implica procesos de socialización, internalización, de normas consensuales y reglas legítimas de juego entre personas y ciudadanos.

Como proceso de comunicación, la cultura se ocupa de conocer el lenguaje, el intercambio de palabras, las prácticas discursivas; los actos del habla, la producción de enunciados; la mirada, los gustos, los gestos; las demostraciones de amor y odio; los sentimientos colectivos, los rituales, las fiestas por la vida y por la muerte; los comportamientos, los hábitos, las rutinas; los recuerdos, el olvido, la memoria y el imaginario como conciencia social; los rituales simbólicos, el mundo de creencias y símbolos expresivos; la creatividad, la sensibilidad, el erotismo, lo estético y lo ético.

En contraste, las dimensiones de la política expresan la diversidad de intereses y poderes concentrados en torno de las posibilidades de apropiación de recursos y excedentes; el acceso y control del poder, así como las disposiciones y órdenes de mando de los dirigentes

presentes en los momentos decisivos de crisis de legitimidad y autoridad; las formas de representación, los grados de conciencia, las resistencias y las formas de participación social, cultural y política.

En consecuencia, la cultura política nos enfrenta a situaciones estratégicas que sólo pueden ser definidas contextualmente, planteando específicamente los actores en sus escenarios, desplegándose en la emergencia de sus conflictos y de su resolución en el tiempo y en el espacio, con su juego de posiciones y movimientos. La cultura política no escapa de las formas de dominación, ni se detiene en las formas de poder que surgen de la trama misma de las relaciones sociales; en ella el poder y el saber forman una relación internamente contradictoria. Los cruces y las articulaciones entre la cultura y la política ponen en tensión una dimensión simbólica que suscita múltiples e inacabadas interpretaciones, en correlación con una dimensión política que expresa los conflictos, las contradicciones, los intereses de clase; desequilibrios sociales, sistemas de dominación, crisis, violencias, diferentes posiciones y ocupaciones; modos, condiciones de vida y visiones del mundo.

La incapacidad del régimen político para regular, controlar y representar adecuadamente las múltiples formas y expresiones de poder existentes en la sociedad nos revela que el Estado, sus órganos de poder y los partidos tradicionales han fracasado en sus funciones de mediadores de los conflictos sociales y políticos.

Estas búsquedas, aportes y matices ayudan a integrar diversos enfoques de las ciencias sociales aplicadas a los problemas y soluciones de la cultura política, posibilitando el diálogo de los tiempos en perspectiva y la creación real de bases de apoyo a las políticas culturales.

Intentamos sistematizar e integrar una política de voces que permitan reconstruir el contexto histórico de la cultura política, posibilitando el diálogo de los tiempos en perspectiva y la creación real de bases de apoyo a las políticas culturales; y desde la trama de diferentes perspectivas, articuladas con sus diversas dimensiones a fin de poder explicar los efectos que inducen la crisis de legitimidad e identidad en la formación de una cultura nacional popular y en el diseño de un proyecto de corte civilista y democrático que valore las directrices éticas del



Lina Ramírez

comportamiento en comunidad y cree condiciones para la estructuración de políticas culturales.

Interpretando la conflictiva situación en que vivimos los colombianos, tratamos de analizar la formación y transformación de una conciencia crítica en relación con la práctica social y política que proyecte nuestra identidad nacional y nuestra cultura como pluralidad de identidades. Escudriñando las continuidades y rupturas del contexto histórico y social que sirven de escenario a la cultura y a la política, podemos saber cómo

viven y piensan los actores protagónicos, qué nos cuenta y revela el registro de sus testimonios; además podemos conocer las raíces de las luchas en el despliegue de las crisis de representación, de hegemonía y de identidad cultural, pues estas rupturas constituyen la posibilidad histórica de una práctica discursiva crítica que muestre la emergencia de nuevos actores sociales y políticos; la reactualización permanente de la interpretación y sus efectos difusos en la consolidación de un proyecto social, ético y político alternativo.

Por tanto, hablar de cultura y política significa conocer y reconocer el contenido complejo que implica la

pluralidad de actores y sujetos que componen la nación colombiana; el respeto a la diferencia, la tolerancia y la participación popular efectiva; hacer historia, memoria y proyecto cultural como base para el reconocimiento de una identidad auténtica, autónoma; como punto de partida para la elaboración y realización de propuestas políticas que en lo fundamental tengan en cuenta las comunidades más afectadas por el aislamiento, la incomunicación, la discriminación social; la imposición de un lenguaje, una visión y una cultura hegemónica, en la perspectiva de implementar una política de reestructuración y apertura democrática que reconozca las manifestaciones de protesta y disidencia;

las expresiones de asombro, incertidumbre y fascinación que suscita el terror como vía violenta de resolución de conflictos y la resistencia al bloque generado por las élites dominantes. Esto significa que en las condiciones actuales se deberá cuestionar la reforma territorial y la redistribución de las relaciones del poder y de saber de la política.

Dimensiones de la cultura en el contexto histórico y político colombiano, después de la segunda mitad del siglo XX.

En Colombia la cultura en su doble dimensión: como producción cotidiana de la vida con una visión del mundo, y como producción cultural

especializada en generar y organizar sistemas simbólicos de interpretación de creencias y conocimientos; en jerarquizar estilos, ha estado sobredeterminada por una forma particular de la política. Por lo menos desde la segunda mitad del siglo XX, la cultura colombiana ha vivido experimentalmente como producto del imaginario político de los sectores dirigentes y la influencia de modelos foráneos, al margen de la problemática local.

La primera mitad del siglo XX se caracterizó por las guerras entre los partidos tradicionales, cuya debilidad para encontrar canales políticos de solución a los conflictos provocó un paréntesis en la vida republicana con

el ascenso del General Rojas Pinilla al poder. A partir de los años 50 emergen nuevos movimientos sociales y de resistencia armada, animados por la experiencia revolucionaria de Cuba; a esta época se remontan las raíces del miedo al pueblo y las políticas de Seguridad nacional, combinadas con el desconocimiento de la posición; con el Frente Nacional se distensionan las contradicciones bipartidistas, pero la imposición del sistema de "democracia restringida" consigue borrar los perfiles ideopolíticos de los partidos liberal y conservador, sustituyéndolos por políticas de intolerancia y prácticas autoritarias; se criminalizan las luchas y formas de protesta social. Por esta época se gestan las guerras insurreccionales

María Fernanda Jaramillo



por la destrucción del sistema; en los años 80 surgen las guerras del narcotráfico, la conformación de organizaciones de oposición democrática y la creación de nuevos movimientos sociales: indígenas, evangélicos y ecologistas.

Desfase entre lo social y lo político.

La inconformidad social como expresión de la inadecuación de las instituciones respecto a las expectativas de participación ciudadana, refleja la impotencia del modelo bipartidista para orientar, dirigir y crear reglas de negociación permanentes. Además, la incapacidad del régimen político para regular, controlar y representar adecuadamente las múltiples formas y expresiones de poder existentes en la sociedad nos revela que el Estado, sus órganos de poder y los partidos tradicionales han fracasado en sus funciones de mediadores de los conflictos sociales y políticos.

Desfase entre el contexto sociopolítico y sus representaciones.

Cuando se presentan las situaciones de contraste entre el poder, los políticos y el lenguaje, sucede que lo que se dice no corresponde con lo que se hace: la sociedad pierde confianza y

credibilidad en la palabra. A pesar de la incoherencia desea construir una serie de imágenes que le permiten reconocerse como parte de una cultura colectiva; cuestiona su sistema de representación y la autoridad en que se sustenta su legitimidad. Estas rupturas permiten analizar la conciencia histórica y social crítica que revela los variables grados de hegemonía alcanzados por las élites dirigentes, en contraste con los problemas generados por las contradicciones del régimen político, su crisis moral, ética, social y cultural.

La cultura política como espacio de convergencia de conflictos, consensos, representaciones, interpretaciones y de creación de un sujeto social, es el escenario de participación de los actores políticos, de construcción de sentido, de despliegue de las necesidades y de las posibles soluciones a sus problemas.

El problema de la identidad y de la crisis como contexto de explicación de la cultura política colombiana.

Metódicamente el problema de la identidad y de la crisis ha de estar ubicado en un doble desfase; uno, entre lo social y lo político; y otro, entre el contexto sociopolítico, sus

representaciones simbólicas, el lenguaje y la conciencia como parte de la sociedad y de la personalidad. Estos desfases constituyen el contexto para la comprensión, interpretación y explicación del desarrollo de la cultura política colombiana.

Precario reconocimiento y fallas en la percepción intelectual de la dimensión cultural de la política

Nos preguntamos si la cultura podrá ser comprendida sin relacionarla con la política, pues como acontecimientos la cultura y la política registran y despliegan en escenarios posibles a los actores de fuerza confrontadas. La cultura política como espacio de convergencia de conflictos, consensos, representaciones, interpretaciones y de creación de un sujeto social, es el escenario de participación de los actores políticos, de construcción de sentido, de despliegue de las necesidades y de las posibles soluciones a sus problemas.

Desde una perspectiva cultural es importante considerar las transformaciones que vive la sociedad en permanente renovación de modelos, paradigmas y teorías de desarrollo integral acordes con las exigencias globales de la modernidad, nuestra idiosincracia y peculiaridades



Erika Diettes

como expresiones de nuestra identidad, tradición y testimonio histórico contemporáneo.

Democracia y autoritarismo en la cultura política colombiana.

Frente a una cultura política de confusas orientaciones, conviven formas democráticas con formas autoritarias de valoración y rechazo de política partidista; desconfianza en la gestión de las instituciones estatales; crisis de las formas colectivas de organización y ausencia de un proyecto nacional; carencia de una alternativa sólida de oposición en términos hegemónicos y límites en la adecuación social de las reformas

constitucionales. Estos acontecimientos dejan abierto el espacio a la dispersión política y a la difusión de las luchas sociales.

La cultura política como historia, memoria y proyecto cultural.

Hablar de cultura política significa crear condiciones para la construcción de un mundo más noble; constituye un proceso de humanización en el cual los esfuerzos, individual y colectivo, privilegian la protección y respeto de la vida humana a favor de un entorno individual y social libre.

Por lo tanto, "la cultura política significa reconocer el contenido

complejo que implica la pluralidad de actores y sujetos que componen la mozaica, mestiza y caribeña cultura colombiana: la tolerancia, el respeto al disenso, la creación de un nuevo orden social, en un contexto valorativo distinto, donde la ciencia y la técnica jueguen con los potenciales creativos, y asuman críticamente las relaciones interpersonales y con su entorno natural. Así mismo, la cultura política expresa la efectiva participación popular, en contraste con los procesos de formación, transición y transformación de la sociedad; hacer historia, memoria y proyecto cultural²".

² CASTELLANOS MELO, Guillermo. Historia social de la cultura política en el texto de la identidad y de la crisis colombiana, 1948 - 1990. VII congreso nacional de sociología. Universidad Nacional. Departamento de Sociología. Bogotá D. C., 1991

Los discursos en el contexto de la paz y de la guerra en Colombia durante el gobierno de Belisario Betancur.

La socióloga Martha Stella Manosalva ha investigado la sociología de la cultura política y los discursos en el contexto de la paz y de la guerra en Colombia, durante el gobierno de Belisario Betancur 1982 – 1986, trabajo que constituye una propuesta conceptual, metodológica y pedagógica de contextualización de los discursos de la violencia política y de la crisis nacional. Más allá de un diálogo no contradictorio y restringido queremos confrontar una polifonía de voces contradictorias que, a pesar de su diversidad, a veces extrema, y de su dispersión en el tiempo, se complementa y, aunque sus ejes de análisis y explicaciones varias, nos permiten reconstruir la historia de los discursos de la paz y de la guerra.

La paz no es sólo un buen deseo, sino una voluntad colectiva organizada y resuelta buscando una solución negociada, digna y humana entre interlocutores, sujetos y actores del conflicto, la sociedad y el estado.

El problema centra el interés en el análisis crítico de la confrontación Estado-Guerrillas como premisa básica de la explicación de las repercusiones socio-culturales de la violencia política, es abordado desde una perspectiva múltiple configurada,

interdiscursivamente por los dominios de la sociología de la Cultura Política (sociología-semiótica-política), en su despliegue y correlaciones históricamente determinadas.

Sabemos que el análisis semiótico puede volver reconocibles ciertos problemas de la vida cultural al revelar contradicciones en la significación y comunicación. La cultura en su conjunto puede ser mejor comprendida, si se la aborda desde un punto de vista semiótico, de esta manera los objetos, los comportamientos y los valores funcionan como tales porque obedecen a “leyes semióticas”.

El interés de este estudio de coyuntura deriva de la necesidad para el conocimiento sociológico contemporáneo de analizar y sistematizar el desenvolvimiento del régimen político y sus contradicciones sociales relevantes a través de los discursos sociales y políticos en donde los personajes y actores protagónicos representan el sentido de sus comportamientos, de sus luchas, de sus conflictos, de las decisiones y de las tácticas; furias, pulsiones, gestos y hasta sus frustraciones y desesperanzas tienen un sentido en el discurso, entendiendo por este: la disposición en serie de todo lo que dicen múltiples voces entrecruzadas y silencios varios que se apoyan o se excluyen en un campo de consistencia compuesto por una multiplicidad de puntos y fuerzas de referencia que articulan lo consciente y lo inconsciente en un diálogo comparativo, no de la

reducción trascendental ni de la superación de las diferencias por la homogenización. En suma se trata de analizar cierto saber de la paz y de la guerra en términos de cultura política.

La violencia no resulta directamente de la miseria, sino más bien de la injusticia, de la ausencia o insuficiencia del Estado, de la pérdida de confianza en la ley como espacio para dirimir conflictos; coincide directamente con el hundimiento de una ética del trabajo y del mérito y su reemplazo por el enriquecimiento a cualquier costo, por cualquier medio.

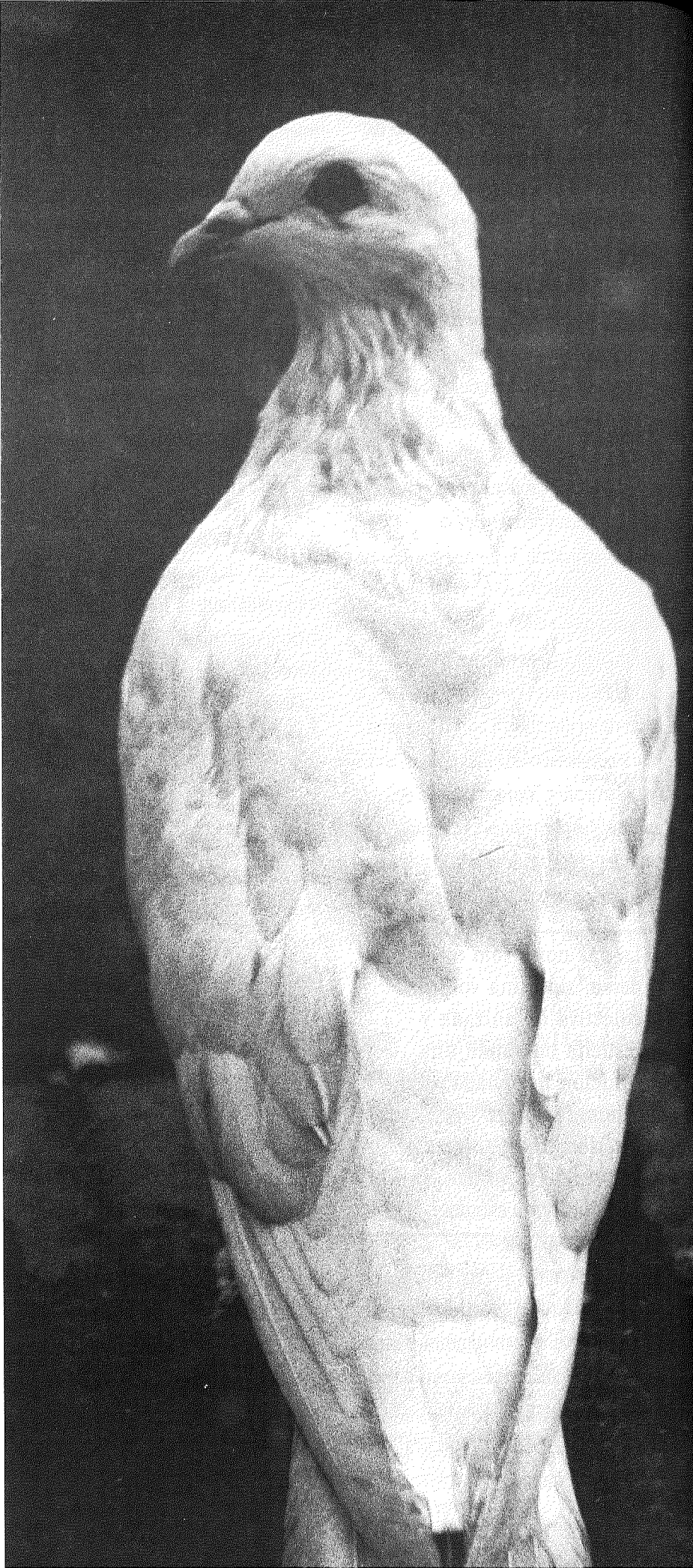
“El fenómeno complejo y contradictorio de la paz y de la guerra como problema socio-político fundamental de la conflictiva situación en que vivimos los colombianos, nos permite la coyuntura precisa para analizar la articulación y contextualización de la problemática de la violencia política en el campo interdiscursivo de la Sociología de la Cultura Política. Se trata de explicar el modo particular como nuestra sociedad ha llegado a convertir la paz y la guerra como claves de su existencia vital y de sus manifestaciones culturales. En la definición del objeto de estudio, se trata los discursos políticos en el contexto de la paz y de la guerra, durante el Gobierno de Betancur, en

correlación con las estrategias de poder en su doble dimensión: “como procesos de Asimilación-Sustitución-Destrucción, desde los poderes hegemónicos establecidos, por un lado, y desde la emergencia de organizaciones de oposición democrática, de resistencia política y/o de insurgencia armada (designados contra poderes), por el otro. Por lo tanto, el nudo conflictivo lo constituye el choque y la convergencia de fuerzas sociales y actores políticos en el despliegue de sus luchas teórico-prácticas y en la persistente búsqueda de realización de su voluntad de poder y de saber”³.

En este sentido, nuestra apuesta consiste en demostrar lo que sigue: los discursos de la violencia política no pueden ser comprendidos y explicados sino en el contexto de la paz y de la guerra, como procesos contradictorios y desiguales que configuran las condiciones de formación y transformación de los diversos modos de ser, de sus condiciones de vida y la emergencia de un discurso polifónico que refigura la trama social: “la fiesta y la alegría de la vida en contraste con el drama de los cuchillos asesinos y mensajeros de la muerte”.

Los discursos políticos en el contexto de la paz y de la guerra durante el Gobierno de Betancur, proporcionan una

³ MONOSALVA Martha Stela. Los discursos en el contexto de la paz y de la guerra durante el gobierno de Belisario Betancur. Universidad Nacional. Departamento de Sociología 1990.



coyuntura excepcional para el análisis contrastivo, dado que expresan cultura e ideológicamente las múltiples interpretaciones de los procesos de significación y comunicación de los problemas generados por las diversas contradicciones internas del régimen político y su crisis de representación, crisis de hegemonía y crisis de identidad cultural. Estas rupturas constituyen la posibilidad histórica de una práctica discursiva y crítica que represente la emergencia de nuevos actores sociales y políticos.

Nos interesa comprender el campo de juego que se configura entre la paz y la guerra como acontecimientos que pueden ser representados en su proceso de formación y transformación incesante las correlaciones de fuerzas y de los variables grados de hegemonía alcanzados por las élites dirigentes, en contraste con las crisis de autoridad, dirección y representación del régimen político vigente, sus posibilidades históricas.

Queremos mostrar como la paz y la guerra se encuentran bajo la dependencia histórica de la violencia; como esta Violencia suscita el juego de nociones de la Paz y de la Guerra y, a la vez cómo estas ofrecen a la Violencia el contexto apropiado para su análisis textual. Asumimos la reconstrucción de redes y cadenas significativas que proyecten el debate, la diáspora de las

Hablar de cultura y política significa, entre otros, conocer y reconocer el contenido complejo que implica la pluralidad de actores y sujetos que componen la nación colombiana.

interpretaciones y representaciones críticas, hacia la reconstrucción de síntesis conceptuales que perfilen la recomposición de la identidad, sus rupturas y crisis culturales, en vías a superar la embriagadora mentalidad de impotencia que nos devora y nos asombra por el terror y el desencanto de la intolerancia.

Guerra y política en la sociedad colombiana.

Gonzalo Sánchez, en su libro Guerra y Política en Colombia, ha planteado: “Guerra y política, orden y violencia, violencia y democracia, y en el límite, vida y muerte, son algunas de las múltiples oposiciones y complementariedades a partir de las cuales se hace descifrable la historia colombiana⁴”.

Nos proponemos precisar, en consecuencia, los diferentes contextos y los diversos tipos de combinaciones entre guerra y política por los que ha discurrido el todavía inacabado proceso de formación de la nación colombiana.

Guerra y política son prácticas colectivas simétricas e indisolubles en el siglo XIX en Colombia. En efecto, la memoria política del siglo XIX en Colombia se construye sobre la base de una doble referencia: una historia de guerras y batallas y también una historia de constituciones. La guerra en Colombia en el siglo XIX no es negación o sustituto, sino prolongación en las relaciones políticas. Pero si las armas aparecen como el lenguaje duro de la política y las guerras como el modo privilegiado de hacer política, recíprocamente la política no puede ser pensada sino como un campo de batalla en el cual la hacienda aportaba soldados, el partido respectivo sus banderas.

“La guerra era, en última instancia, el mecanismo profundo de constitución del otro (individuo, colectividad, partido) como interlocutor político⁵”.

La violencia del período comprendido entre 1945 y 1965 puede ser percibida como guerra entre las clases dominantes y el movimiento popular.

“La violencia debe ser considerada por tanto como un conjunto de múltiples procesos diferenciables y más específicamente como el cruce dinámico entre tres componentes básicos: el terror, la resistencia y la resultante conmoción social. El terror constituye la dimensión de la violencia asociada

⁴ SÁNCHEZ, Gonzalo. Guerra y Política en la sociedad colombiana. P. 13.

⁵ Ibíd., En : Magazin Dominical. P. 20



Juan Antonio Lievano

primordialmente al sectarismo político-partidista que parecía instituirse al margen de lo social, pero que en realidad va más allá: ha invadido todo lo social y ha impuesto su dinámica peculiar al conjunto. La violencia es su expresión más acabada (terror concentrado)⁶”.

Los partidos responden ante todo a la dinámica de las solidaridades comunitarias y llegaron a las gentes y a las localidades antes que el Estado y su sentido de Nación. En este sentido en Colombia, el mundo de los copartidarios

es anterior al mundo de los ciudadanos, lo cual puede ser un obstáculo a la constitución de sujetos sociales y de actores políticos autónomos.

El Frente Nacional no sólo puso término a la Violencia, sino que borró toda amenaza de guerra interpartidista en el futuro, originando así una nueva representación de la sociedad. En este aspecto significó indiscutiblemente un viraje histórico. Simultáneamente, y a su pesar, creó también las condiciones de posibilidad para que muchos sectores artesanos, obreros, universitarios y campesinos a los cuales la violencia había desconectado de las tradiciones

populares contestatarias “se afirmaran nuevamente en una visión de lo político que ya no pasaba exclusivamente por el reparto del poder sino que apuntaba a la abolición del orden establecido y a la instauración de nuevas formas de sociedad”⁷.

Es en este contexto que debe verse el tercer momento de las relaciones entre la guerra y la política, el momento de la llamada violencia o guerra insurreccional cuyo mesianismo revolucionario se alimentaba de un movimiento más general de cobertura continental a comienzos de los años

⁶ *Ibíd.*,

⁷ *Ibíd.*,

sesenta. Para la ascendente mentalidad revolucionaria de entonces el conflicto político que se visualizaba ya no estaría regido por la rutina de la incorporación de las disidencias y tampoco podría ser superable ya con simples «*reconciliaciones estratégicas*» como las que habían cerrado el ciclo de las guerras pasadas, incluida la violencia. En adelante se trataría “de impugnaciones frontales al poder que sólo cesarían con su inevitable sustitución. De la «*desmilitarización del conflicto bipartidista*» (Leal Buitrago) que implicaba el Frente Nacional, se pasaría a una militarización de la polarización social en virtud de una rápida acción concientizadora de vanguardias armadas. Todo parecía apuntar desde esta óptica idealizada, hacia un reencuentro de lo político y lo militar, hacia una reconstrucción de la complementariedad entre la guerra y la política, como en el siglo XIX, pero en aras esta vez de un proyecto de sociedad enteramente inédito”⁸.

Muchas circunstancias impidieron concretar este sueño revolucionario: “el peso de prácticas y tradiciones bandoleriles, en especial el uso generalizado y la rutinización del secuestro: el énfasis en la simple reproducción de la estructura y la capacidad militar: la primacía e incluso la autonomización de los métodos con respecto a los contenidos y objetivos políticos: la crisis de los

modelos revolucionarios internacionales”⁹.

En este sentido, nuestra apuesta consiste en demostrar que los discursos de la violencia política no pueden ser comprendidos y explicados sino en el contexto de la paz y de la guerra, como procesos contradictorios y desiguales que configuran las condiciones de formación y transformación de los diversos modos de ser, de sus condiciones de vida y la emergencia de un discurso polifónico que refigura la trama social: “la fiesta y la alegría de la vida en contraste con el drama de los cuchillos asesinos y mensajeros de la muerte”.

La sociedad colombiana se resistió a la nueva polarización y los que la asumieron no pudieron salir de una condición de simples rebeldes marginales, por más inquietantes que resultaran algunas de las acciones. En la medida en que perdía viabilidad histórica el proyecto armado, los rebeldes marginalizados fueron privilegiando los aspectos puramente militares hasta que se quedaron con un programa de cumplimiento de tareas revolucionarias, separándose relativamente de la sociedad y de las identidades colectivas que pretendían representar. “Aparte del

conflicto armado entre el Estado y el movimiento guerrillero se estaban incubando otros fenómenos cuyas repercusiones y alcances nadie estaba en capacidad de anticipar, en particular el narcotráfico que de simple negocio derivó hacia un agresivo proyecto político-militar que ha intentado abrirse paso a base de bombas y de sicarios”¹⁰.

El narcotráfico y las fuerzas a él asociadas o tras él escudadas impusieron su dinámica al conjunto conflictual de la sociedad colombiana de hoy, y la han conducido a una fragmentación y polarización de lo político, detrás de lo cual es cada vez más difícil reconstruir un principio de unidad. Podría afirmarse entonces, tal vez con un poco de exageración, que en la última década Colombia dejó de resolver a tiempo una guerra y hoy ya no sabe cuantas tiene. La polarización de la guerra desarticula y fracciona los movimientos sociales.

El conflicto social y la mediación.

La mediación se orienta para evitar una escalada del conflicto que conduzca a un mayor deterioro o a la violencia. Se procura que no se presenten comportamientos destructivos, y se genere un espacio de reflexión y de diálogo para buscar acuerdos y obtener objetivos mutuos. La mediación es expresión de civilidad; opera a partir de la anuencia de las partes, que así establecen una relación de cooperación.

⁸ *Ibíd.*,

⁹ *Ibíd.*,

¹⁰ *Ibíd.*,



Se busca, entonces, que los enfrentados asuman responsabilidad en los compromisos adquiridos y reconozcan los límites de sus intereses en relación con los del otro.

El conflicto está definido por relaciones entre grupos que persiguen fines contradictorios, defienden valores opuestos y ejercen relaciones de poder. Todo conflicto tiene unos elementos que nos permiten entenderlo, con el fin de intervenir en su regulación o transformación. “En términos de lo que separa a las partes, se puede identificar conflictos de intereses (distribución de algún recurso valorado ya sea material, de status o de autoridad; o de valores (ideologías, religión, visiones del mundo). El segundo, es más fundamental y difícil de resolver puesto que las partes no conceptualizan el problema de la misma manera¹¹”.

Conflicto y convivencia ciudadana.

Concebido el conflicto como inherente a la dinámica propia de la vida social, existe un ámbito público donde éste se presenta de manera permanente. Al no disponer de espacios y elementos propicios para su afrontamiento, se desarrolla sin control. La ausencia de una cultura ciudadana, basada en el respeto, la solidaridad, el

¹¹ VALENZUELA, Pedro. La estructura del conflicto y su resolución. En : REYES TORRES, Francisco (Comp.) Democracia y Conflicto en la Escuela. Instituto Luís Carlos Galán. Santafé de Bogotá, Diciembre de 1.989. P. 61

reconocimiento del otro, incide en que el conflicto se convierta en un hábito negativo, sin que medie la autorregulación. Esto implica que en ese ámbito público, en la que el otro se desvanece bajo la presunción de las prerrogativas individuales, no se genere una convivencia para el bienestar general.

El conflicto está contextualizado. Tiene raíces, subyacentes que deben ser analizadas para una mejor comprensión del mismo. En la búsqueda de una mejor convivencia, algunos aspectos como la creatividad, la responsabilidad, el reconocimiento del otro, la acción comunicativa productiva, orientarán el cambio dentro de una sociedad madura para afrontar el conflicto. Aquí se evidencia la generación de un espacio lúdico, simbólico, para un tratamiento creativo del conflicto.

La violencia afecta la vigencia y legitimidad de la democracia y la efectividad y posibilidad de los derechos humanos.

Sólo si el Estado reconstruye su credibilidad, confianza y legitimidad institucional, puede la sociedad participar, construir, proponer, deliberar y decidir sobre las condiciones de reconocimiento, aprobación, aceptación, identidad, proyecto y compromiso por el consenso para recuperar y ampliar las bases de la convivencia y de la autoridad.

Paz, democracia y derechos humanos.

¿Qué intereses, prácticas y decisiones, fomentan, permite y promueven la violencia, la injusticia, la intolerancia, el irrespeto y el abuso de poder? ¿Cómo puede la sociedad civil y el ciudadano promover formas de justicia, de legitimidad institucional y formas de convivencia ciudadana?

Podría parecer ilusa la esperanza en un movimiento social renovador, en una movilización multitudinaria laboriosa y pacífica de autoafirmación y prosperidad hecha de amor al trabajo arduo y honrado. Estos eran los valores éticos y prácticos que orientaron la sociedad colombiana hasta el decenio de los ochenta. Pero el capitalismo salvaje aprovechó la ausencia del Estado y generó una situación de injusticia.

Luego vino la subversión con su drama de violencia, intolerancia y dogmatismo, lo que provocó el irrespeto, el abuso y el abandono de una población desamparada.

La violencia no resulta directamente de la miseria, sino más bien de la injusticia, de la ausencia o insuficiencia del Estado, de la pérdida de confianza en la ley como espacio para dirimir conflictos; coincide directamente con el hundimiento de una ética del trabajo y del mérito y su reemplazo por el enriquecimiento a cualquier costo, por cualquier medio, “la búsqueda de una

riqueza impúdica, no ser reconocido por las propias realizaciones, sino ser temido por el poder y envidiado por el derroche¹²”.

Hoy frente a la violencia, le apostamos a la paz y al respeto a los derechos humanos: ¿No quedará del respeto y del trabajo más que el Dios dinero y la violencia? ¿No quedará del orgullo más que la violencia? Ni la indolencia ni el conformismo nos someterán. Nos seduce una inquietud intelectual auténtica, una aventura vital de luchar por la superación, un liderazgo por ensayar la búsqueda de la paz, en medio de intereses personales, sociales, privados y colectivos.

Los derechos humanos son primordialmente, un límite al poder del Estado, para que de esta manera, no pretenda controlar, manipular y determinar todas las actividades de la sociedad civil. Pero son también un límite que cada cual se impone a sí mismo en la medida en que reconoce los derechos de los demás, no por temor a la confrontación violenta sino “por la convicción íntima de que la pluralidad de tendencias, de opiniones y de puntos de vista es más rica y más enriquecedora que la unanimidad, así sea la unanimidad en el acuerdo con el punto de vista propio¹³”.

¹² ZULETA, Estanislao. Colombia : Violencia, democracia y derechos humanos. De. Altamir, Bogotá, 1.991, p. 308.

¹³ Ibíd., P. 260.



Lina Ramírez

El respeto al otro es un sentimiento positivo para la convivencia. Respeto al otro porque me conviene que difiera de mí, porque me obliga a rectificar o a profundizar mi punto de vista, porque me impide tomar mi unilateralidad por un absoluto. Ser democrático implica comprometerse con tradiciones y anhelos de libertad, luchar contra la dominación de oligarquías y tiranías de terratenientes e imperios. Ser democrático es reinventar las tradiciones y las costumbres ciudadanas, su modo de ser. También de organizarse como hombres libres que buscan hacer de su

dignidad una obra de paz y realización de los derechos humanos.

La política sin moral en tiempos de transición del autoritarismo a la democracia participativa afecta los avances políticos y se torna cínica y peligrosa. Limita las perspectivas de una democracia ampliada a todas la esfera social y a todos los movimientos sociales. En América Latina la heterogeneidad y la crisis son procesos estructurales y sedimentados en el conflicto, la violencia, y la pérdida de legitimidad de los gobiernos ante los gobernados lo cual

incide en la participación en las decisiones colectivas y públicas. La heterogeneidad estructural de América Latina es nuestro mejor recurso para fomentar una interacción comunicativa, dialógica, consensual y plural. Ampliar el horizonte de comprensión, la tolerancia y la diversidad, buscar acuerdos basados en el reconocimiento a la diferencia y en el conflicto con el otro en los movimientos sociales. “La democracia participativa se legitima, si antes que consensos, se busca el compromiso de los agentes sociales en la solución de los conflictos y en la

realización de las tareas. Clarificar con la ayuda de la teoría de la acción comunicativa el sentido y los alcances de la democracia participativa¹⁴ ”.

Hablar de cultura política significa crear condiciones para la construcción de un mundo más noble; constituye un proceso de humanización en el cual los esfuerzos, privilegian la protección y respeto de la vida humana a favor de un entorno individual y social libre.

La ética discursiva surge en la interacción simbólica y en las prácticas sociales, emerge en la actividad discursiva, las discusiones, los acuerdos, los consensos y la negociación de los conflictos. La ética se forma y se concreta en los procesos de significación y comunicación entre personas y grupos sociales. La ética comunicativa y la democracia participativa son procesos prácticos y creativos de los sujetos y los ciudadanos en las decisiones, en la legitimidad, en la credibilidad, en la confianza, en el apoyo social para superar la violencia, la injusticia y la exclusión sociocultural. Desatar la participación creativa y responsable de los ciudadanos en trazar y hacer de su destino colectivo una obra ética y estética de la existencia de los sujetos y movimientos sociales. Generar discursos

e intervenir en las decisiones públicas, transformar y proyectar nuestra acción y decisión en la idea de una ética comunicativa y la participación ciudadana. La constituyente y la constitución de 1991 no acabaron con los vicios del clientelismo, la corrupción, las prebendas y los privilegios. La reforma constitucional no resolvió la situación de crisis económica, ni se ha convertido en estrategia y propuesta de paz.

La situación política de crisis de legitimidad que enfrentó el Presidente Ernesto Samper debido a su posible conocimiento de recibir y gastar dineros del narcotráfico en la campaña política, que ocasionó y alteró las dinámicas y relaciones entre el Estado, el gobierno, los partidos políticos, las organizaciones sociales y los ciudadanos en su vida, cotidianidad y ritmos productivos.

Durante el gobierno de Ernesto Samper la crisis de gobernabilidad, es decir la capacidad de generar consensos y acuerdos nacionales se vio profundamente debilitada y desdibujada. Nos preguntamos ¿Es moral y éticamente justo legitimar el poder político? ¿La política que se practica hoy, representa el bien común o el bienestar de los intereses privados?. Es conveniente esclarecer estas situaciones y sus responsabilidades y compromisos morales de los políticos. La política ejercida sin moralidad pública ni legitimidad es peligrosa, éticamente, y pone en peligro la vida y la convivencia pacífica de los ciudadanos. Se perciben las presiones de los Estados Unidos frente a la lucha contra el narcotráfico, la insurgencia armada y los Derechos Humanos. Hoy el

panorama es de crisis económica y violencia generalizada por la delincuencia, el conflicto bélico entre fuerzas armadas regulares e irregulares, como las guerrillas, los paramilitares o autodefensas, lo cual agrava y dificulta las condiciones de existencia y de vida de los colombianos. ¿Es el alto costo que tenemos que pagar por aprender a elegir gobiernos que no sean corruptos e injustos? ¿Puede ser la violencia una “pedagogía” macabra a que nos tenemos que someter para aprender a vivir en paz? La paz no es solo un buen deseo, sino una voluntad colectiva organizada y resuelta buscando una solución negociada, digna y humana entre interlocutores, sujetos y actores del conflicto, la sociedad y el estado.

La ausencia de una cultura ciudadana, basada en el respeto, la solidaridad, el reconocimiento del otro, incide en que el conflicto se convierta en un hábito negativo, sin que medie la autorregulación.

Para lograr este propósito se requiere develar las estrategias de los mandatarios, el mando y la astucia en burlar la ley, capacidad para transar y pactar con los poderes e incapacidad para representar el bien común. Marco Palacios plantea en el medio siglo a partir del 9 de abril, dice que “con el 9 de abril terminaba la parábola del liberalismo. Culminaba el esfuerzo sostenido de varias generaciones de políticos oligarcas, pero civilistas y

¹⁴ HOYOS, Guillermo. Ética y conflicto : “Ética discursiva, derecho y democracia”. De. Tercer mundo, Santafé de Bogotá, 1.995



Liz K. Peñuela

conocedores de los límites de su acción¹⁵”.

Estaban atrapados en sus ideologías y retóricas partidistas. El juego

¹⁵ PALACIOS, Marcos. En : *Lecturas dominicales*. “El medio siglo a partir del 9 de abril”. *El Tiempo*. P. 5. 19 de abril de 1998.

institucional y legal era deseo posible para mantener el equilibrio y el orden en la desigual y polarizada sociedad. Sabían que la moral pública y la acción política estaban vinculadas así como las recompensas los castigos al vicio y el reconocimiento, los méritos y las virtudes públicas.

Conclusiones

La cultura y política en el contexto de la guerra y de la paz en la sociedad Colombiana esta vinculada a procesos conflictivos, situaciones violentas, modos de vida alterado y rupturas desde 1948, tienen continuidad y se han ido

estructurando hasta 1998. La cultura y la política emergen situadas en relaciones de fuerza, poderes y representaciones simbólicas, traducen e interpretan las tensiones, las beligerancias y hostilidades. En la actualidad la intolerancia y la polarización, fragmentan y debilitan los consensos, los acuerdos, las formas de representación, gobernabilidad y legitimidad. La historia como memoria colectiva de lo vivido, lo formado, lo construido, las luchas sociales y las formaciones e instituciones políticas sirven de referente y contexto de la trama de significaciones y discursos, de procesos de participación y movilización social. La cultura y la política manifiestan vivencias, luchas, violencias situadas en la dinámica del régimen político y la vida cotidiana: Revelan el drama profundo de la guerra y búsqueda de la paz, las posibilidades de negociación, democratización y respeto de los Derechos Humanos. Apostamos a un proyecto de formación cultural y política que potencie la historia como memoria y participación social. Estamos generando unas propuestas desde la sociedad civil, los movimientos sociales, la ciudadanía y la opinión pública. Se trata de movilizar sujetos y voluntades y conciencias de los actores de una cultura

política, deliberante, activa y propositiva: Una cultura de la vida, de la paz, de la convivencia, del respeto a la disidencia, de la tolerancia y de la ciudadanía que exija, que se movilece, participe y decida su destino y sueño colectivo.



BIBLIOGRAFÍA

CASTELLANOS MELO, Guillermo. Historia social de la cultura política en el contexto de la identidad y de la crisis colombiana, 1948.

———. 1990. VIII congreso nacional de sociología. Universidad Nacional. Departamento de Sociología. Bogotá D.C., 1991.

HOYOS, Guillermo. Ética y conflicto: "Ética discursiva, derecho y democracia". Ed. Tercer mundo, Santafé de Bogotá, 1995.

MANOSALVA, Marta Stella. Sociología de la cultura política:

los discursos en el contexto de la paz y de la guerra durante el gobierno de Belisario Betancur. Departamento de sociología Universidad Nacional. Santafé de Bogotá. 1990.

PALACIOS, Marcos. En: Lecturas dominicales. "El medio siglo a partir del 9 de abril". El Tiempo. 19 de abril de 1998.

SÁNCHEZ, Gonzalo. Guerra y Política en la sociedad colombiana. Editorial El Áncora Editores. 1992.

———. Guerra y Política en la sociedad colombiana. Magazin Dominical de El Espectador. No. 385. 9 de septiembre de 1990.

VALENZUELA, Pedro. La estructura del conflicto y su resolución. En: REYES TORRES, Francisco (Comp.) Democracia y Conflicto en la Escuela. Instituto Luís Carlos Galán. Santafé de Bogotá. Diciembre de 1989. p. 61

ZULETA, Estanislao. Colombia: Violencia, democracia y derechos humanos. Ed. Altamir, Bogotá, 1991, p. 308